

construcción de la conducción. La conducción exitosa construye su propio poder y éste le posibilita tomar nuevas decisiones.

Para esto, en la figura del conductor debe confluír la mayor cantidad de fuerzas (sociales, políticas, espirituales) posible. Así, conducción no es otra cosa que la relación instrumental que el líder entabla con todos los elementos de la vida política (masa, instituciones, actores sociales, ideología, régimen político). Estos elementos deben estar al servicio del líder para proporcionarle la fuerza política que en ellos anida. El liderazgo, y la obediencia que lo acompaña, es el único hecho político específico y genuino en esta concepción de la política.

El rol del conductor en la vida política no difiere del de un general en el campo de batalla. Todos los elementos que hacen a su fuerza están a sus órdenes en pos de un único fin: imponer la propia voluntad al adversario (devenido enemigo). De ahí la aparente paradoja de que el peronismo haya apelado históricamente a la racionalidad de la organización, a la vez que a la lealtad como vínculo entre masa y líder. La masa es encuadrada bajo rigurosos principios de racionalidad instrumental, orgánica, pero su lazo con el líder no está hecho de esos elementos, sino que se nutre de factores no-rationales, como la lealtad, el sentir la doctrina, incluso el amarla, como sugería Perón.

La doctrina es asunto de sentimientos, no de comprensión, precisamente porque es un instrumento del conductor y no de la masa. La doctrina nunca se institucionaliza, nunca se transforma en elemento objetivo de debate entre las masas ni, mucho menos, entre masa y líder. Es que la doctrina es el cemento que unifica esas masas, y por lo tanto no puede ser objeto de interpretación, pues si tal cosa ocurriera se transformaría en lo contrario, en elemento divisor (vía interpretaciones diversas).

La doctrina es por tanto sobreestimada desde el punto de vista de su función de unificación de la masa, pero a la vez subestimada como elemento de comprensión, de guía para la acción. La aparente contradicción entre politización (centralidad de la doctrina) y despolitización (inconsistencia de esa doctrina), propia del peronismo<sup>21</sup>, muestra su coherencia si se ve la función de la doctrina: la politización se limita a encuadrarse bajo las órdenes del líder, a aceptar ser conducido, no a la relativa autonomía de las masas o los sujetos conquistada mediante un saber acerca de lo real (como en las tradiciones liberal o socialista). El único contenido de la doctrina es el reconocimiento de la centralidad del conductor: en esta vaguedad de contenidos se asienta la capacidad de absorción de todo tipo de elementos ideológicos, clásica del peronismo.

Los principios ideológicos, si así pueden llamarse, son vacíos en cuanto a contenidos, pero llenos en cuanto a función (de unificación). El efecto

<sup>21</sup> Tal como ha observado Mariano Plotkin, Op.cit., pp. 42-48.

<sup>22</sup> *Este es el costado débil de esta concepción fuerte. Es débil, precisamente, porque necesita contar con mucha fuerza para realizarse, pues basta con que un elemento no esté de su lado para que todo el edificio se derrumbe. La conversión del apoyo en adhesión ciega (ciudadano como soldado/creyente: «predicador» de la doctrina, según Perón), resulta una oferta tan roma que recomienda su propio rechazo.*

<sup>23</sup> *Para Perón, la perseverancia en una mala idea da más resultado que la inconstancia en una buena. La clave es cumplir el plan, no si éste es bueno o malo. Además, el desarrollo de los hechos puede al fin negar la idea primera. A menos proyecto (en cuanto a principios), más libertad de acción.*

<sup>24</sup> *Esta concepción dura de la realidad implica el dejar de lado la distinción entre lo real y la realidad, pues no cabe una diferencia entre materia prima dada (lo real) y construcción de un objeto siempre provisional de trabajo (realidad). Diferenciar lo real de la realidad supone una autoconsciencia de los límites (ideológicos) de conocimiento, que en esta concepción no figuran: para ella, precisamente, la realidad es una y por lo tanto no puede ser organizada bajo diversas formas; la ideología, en esta visión, entorpece la visión de la realidad, no es un instrumento de conocimiento que ayuda a darle forma.*

de vacío en cuanto a contenidos se produce no mediante su vacío permanente, sino por su constante variación/adaptación (en términos de situación histórica). El lugar de los principios no está vacante, sino siempre lleno por contenidos diferentes entre sí. El único principio permanente es la palabra (variable) del líder. Hay conducción porque no hay otra doctrina que la palabra del líder. Si la doctrina no puede ser objeto de discusión porque virtualmente no existe (al reducirse a consagrar la conducción), la conducción es presentada a su vez como una facultad innata, una cualidad artística y así imposible de transferir. Por su parte, la realidad es imponderable, desentrañable sólo por medio de ese arte intuitivo natural del conductor. La concepción de la doctrina, del arte de conducir y de la realidad, confluyen así en que el conductor sea intocable, inefable: lo único que queda es estar con él (que significa confiar a ciegas en su arte)... o contra él<sup>22</sup>.

La concepción de la política del peronismo es tacticista. El fin único es el predominio, la posibilidad de tomar decisiones. El líder se asegura su dominio no por el tipo de decisiones que toma, sino por el hecho de tomar decisiones. La decisión, como la doctrina, es vacía en cuanto a contenidos (depende de la situación), pero llena en cuanto a función. La función es el mantenimiento de la posición de predominio, es decir, la posibilidad de decidir qué se hace. La acción predomina sobre la concepción<sup>23</sup>. Esta dependencia de la decisión hace que casi todos los movimientos se vuelvan tácticos, pues se trata de asegurar paso a paso el predominio sobre lo inmediato. El objeto de la conducción son los casos concretos que se le van presentando a cada momento. El conductor libra batallas sucesivas y su desconfianza de la realidad (el orden siempre esta potencialmente amenazado) le impide declararse triunfador en la guerra.

El núcleo duro del concepto de política del peronismo es su concepción de la realidad. Para el peronismo, la realidad<sup>24</sup> es algo uniforme, homogéneo, no sujeto a interpretación; por el contrario, impone su lógica. La famosa frase peronista según la cual «la única verdad es la realidad» atestigua esta noción. ¿Cómo se accede a saber el contenido de esa verdad? Por el éxito de la resolución tomada. Si una política es exitosa, es porque ha dado en el blanco de la problemática que enfrentaba, ha dado con la única llave que resolvía el nudo que la realidad planteaba.

Por eso la decisión, es decir, la política a aplicar, no es asunto de la política, de las ideologías, sino de la realidad misma. Es la realidad la que produce/genera su propia solución. La realidad es una, y por tanto su solución es también una. Deliberar o discutir acerca de un haz de soluciones posibles, no es sólo irrelevante, sino absurdo, no pertinente, ineficaz, el modo más seguro de ir al fracaso. La gran facultad de la conducción es

penetrar en la problemática de la realidad, saber ver, saber comprender de qué se trata. Este procedimiento es el específicamente político, y no el subsiguiente, el de postular la solución, pues ésta —una vez que se ha dado bien el primer paso— brota sola de la lógica de la realidad. Es por tanto más un método (de desvelamiento) que una serie de contenidos para el análisis crítico.

Muchos de los caracteres que aquí se han enunciado como propios del peronismo lo son en parte también de otras culturas políticas. La especificidad del peronismo, como la de cualquier cultura política, no es absoluta. Son muchas las matizaciones que cabría hacer, pero hay un rasgo en el cual el peronismo se contrapone con la tradición de la que participan tanto el liberalismo cuanto el socialismo: la concepción de la realidad como lo uno, con su consecuente subordinación de lo ideológico a mero medio de maniobra, la primacía de la acción sobre la proyección racional de la acción y el reconocimiento de la jerarquía (orden y decisión) como único hecho político.

La tradición política heredera de la Ilustración reconoce, en primer lugar, la distinción entre lo real y la realidad, y en segundo término, como derivado del primero, la tensión entre realidad y proyecto. Si en la reflexión weberiana esto aparece como lucha (interna del político profesional) entre ética de las convicciones y ética de la responsabilidad, en la tradición marxista se presenta como problema de maduración objetiva (estructural) y subjetiva (consciencia de clase). No es el apego al principio de realidad lo que coloca al peronismo en una órbita conservadora, sino la disolución del otro polo que lo contrapesa, el del horizonte de transformación. Éste queda liquidado por esa noción de que la solución de los problemas anida en la realidad misma, y que por tanto no cabe deliberar en pos de soluciones desde diversos puntos de vista racionales, interpretativos. No hay discusión de valores (proyectos): el líder fija cuáles deben ser los imperantes.

Que la única relación entre voluntad del sujeto y realidad sea a través de lo intuitivo y no de la racionalidad imaginativa, interpretadora, y que esa relación tenga como único fin la construcción de un orden jerárquico, en el cual el único fenómeno político que quepa sea la obediencia masalíder, consagra la servidumbre de la creatividad transformadora a unos presuntos límites absolutos impuestos por la realidad misma a los actores.

La voluntad hacedora propia del humanismo, en un punto presente en el peronismo, es al instante negada, desde el momento en que se coloca al servicio de un orden jerárquico que consagra la supremacía de la realidad y tiene como condición y objetivo el control del hacer ajeno. Para dominar la situación, hay que someterse por completo a sus dictados<sup>25</sup>.

<sup>25</sup> Por eso es curioso que Perón (y Menem como discípulo) presente la política como un arte, cuando en verdad el sentido que le otorga es más bien el de una técnica, en tanto mero dominio de procedimientos estandarizados, en este caso dirigidos a conseguir el predominio. El arte sugiere la utilización de esa técnica al servicio de la transformación creadora del objeto tratado, posibilidad ésta desechada por Perón para la política en la medida en que se somete por entero a los dictados de la realidad.